

IDILIO XIV.

Si, pues, te place mi informe
Y servir al Rey prefieres,
Y al hombro derecho quieres
Ajustar el uniforme;
Si de escudado guerrero
Para encontrar el asalto
Te hallas de valor no falto;
Corre al Egipto ligero.
En las sienes los amagos
Empiezan de la calvicie,
Y presto hará la canicie
En las mejillas estragos.
Y pues la pierna segura
Sientes, y bélico aliento,
Este, Esquines, el momento
Es de ceñir la armadura.



IDILIO XV.

LAS SIRACUSANAS

LAS FIESTAS DE ADÓNIS.

A LAS SEÑORITAS DE TARNAVA.

ARGUMENTO.

DOS Siracusanas, residentes en Alejandría, van á ver las fiestas de Adónis, celebradas con gran pompa por Arsinoé, esposa de Tolomeo Filadelfo, Rey de Egipto. Está lleno el presente Idilio de vivacidad mímica, y nos vemos introducidos á la casa de una de las protagonistas, donde oímos la conversacion familiar con su amiga y sus criadas, asistimos á su tocador y presenciemos las caricias que hace á su infante. Seguimos á todas por las calles de Alejandría, y entre la turba de soldados y pueblo penetramos en el palacio de la Reina, donde se nos hace admirar la suntuosidad de los adornos, y escuchamos, por último, la cancion entonada ante el simulacro de Adónis por la cantatriz más célebre de la época.

GORGO, EUNOE, PRAXINOE,
UNA VIEJA, DOS HOMBRES, UNA CANTATRIZ.

GORGO.

¿Praxinóe está en casa?

EUNOE.

¡Oh mi querida
Gorgo, cuán tarde llegas! La señora
En casa se halla y eres bien venida.

IDILIO XV.

PRAXINOE.

Es milagro que llegues aun ahora.—
Dáale un sillón¹ á la visita, Eunóe,
Y la blanda almohada sin demora.

EUNOE.

Ahí está.

PRAXINOE.

Toma asiento.

GORGO.

¡Ay Praxinóe!

Para llegar aquí, ¡cuánto trabajo!
Deja que mi alma valerosa loe
Que entre la turba, sin morir, me traje
De carrozas, y botas y armaduras:
Larga es la calle y vives muy abajo.

PRAXINOE.

¿Qué quieres? Condenóme á estas alturas
Y me ha puesto no casa sino cueva,
Ese hombre con su envidia y sus locuras.
Siempre á capricho contrariarme lleva,
Y no quiere que seas mi vecina,
Ni que contigo á murmurar me atreva.

IDILIO XV.

GORGO.

No discurras así, Vénus divina²
De tu esposo; que el niño está delante.
Mira, mujer, á verte cuál se inclina.

PRAXINOE.

Zopirito, mi bien: nada te espante.
No hablo de tu Papá.

GORGO.

¡Por la gran Diosal³
¡Qué bien entiende el avisado infante!—
Es muy bueno tu padre.

PRAXINOE.

Escucha, hermosa:
Ese padre tan bueno, el otro día,
(*Y un día y siempre son la misma cosa*)
Nitro á comprarme fué á la droguería
Y colorete; y con sus trece codos,
Solo nos traje sal, por vida mia.

GORGO.

No me admiro, por cierto: iguales modos
Tiene mi Dioclide, del dinero

IDILIO XV.

Eterna perdicion; así son todos.

Cinco pieles ayer, no de carnero,
Sino de perro viejo y pestilente
Compró por siete dracmas á un tendero.

Mas al palacio ven del Rey potente:
Pónte las faldas, y el manton que ajusta
La linda hebilla de metal lucente.⁴

Salir á ver á Adónis mas me gusta:
Una fiesta magnífica prepara,
Segun me dicen, nuestra Reina augusta.

PRAXINOE.

Es rico cuanto el rico nos depara.
Tú que algo viste ya de tanto brillo
Cuéntame lo que pasa, Gorgo cara.

GORGÓ.

Que vayamos á verlo es mas sencillo;
Para quien vive ocioso siempre es fiesta.⁵

PRAXINOE.

¡Eunóe! Trae la jarra y el lebrillo.
Llénalo á la mitad.—¡Oh, cuán molesta!
Déjalo ahí otra vez.—El lecho blando
Agrada hasta á las gatas.⁶—¡Ea! Apresta
El agua que pedí: lo estoy mandando
Hace dos horas. ¡Agua! Más aprisa
Muévete.—Al fin la trajo.—Véla echando,

IDILIO XV.

Que es la cosa primera y mas precisa.—
¡Oh! No tanta, infeliz. ¡Ténte, verdugo!
Me has empapado toda la camisa.—
Ya me lavé como á los Dioses plugo.
¿Del armario mayor dó están las llaves?
Traelas miétras el rostro yo me enjugo.

GORGÓ.

¡Qué bien te queda ese jubon no sabes,
Y el broche! Por el paño, puesto fuera
Del telar, ¿cuánto dístes?

PRAXINOE.

¡Ay, no acabes,
Oh Gorgo!, que acordarme no quisiera:
Mas de una mina⁷ ó dos de plata pura
Y mi trabajo: puse el alma entera.

GORGÓ.

Pero salió á tu gusto, y tu hermosura
Realza.

PRAXINOE.

Dices bien.—Dáme ahora el manto
Y el sombrerillo⁸ ponme con finura.—

IDILIO XV.

No he de llevarte, hijito. ¡Huy, huy, qué espanto!
¡Muerde el caballo! Nada hará tu enojo,
Así pudiera sofocarte el llanto.

No quiero que despues resultes cojo.—
Vamos—Frigia, divierte al inocente:
Haz á la perra entrar, corre el cerrojo.

¡Oh Dioses inmortales, cuánta gente!
¿Cómo y cuándo pasar por tal tumulto?
¡Qué hormiguero sin fin, siempre creciente!

Desde á tu Padre tributamos culto
¡Oh Tolomeo, tu feliz reinado
Cuántos hechos señalan! Ni un insulto

El pasajero teme del malvado,
Ni el fraude impera ya, conforme al triste
Hábito en el Egipto inveterado.¹⁰

Ni se encuentra, como ántes, quien aliste
De audaces bandoleros las legiones,
Que el crimen tú desaparecer hiciste.—

¡Ay, dulce Gorgo! Mira los bridones
De batalla del Rey. ¡Dioses, qué miedo!—
¿Qué haces, Eunóe? ¿En salvo no te pones?—

No me pises, amigo, estáte quedo.—
Mira aquel potro negro: á su ginete
Va á derribar ¡oh Gorgo! ¡Qué denuedo!

¡Qué furioso corcel! ¡Cuál acomete,
Cuál se levanta! Tengo inmenso gusto
De haber dejado al niño en mi retrete.

IDILIO XV.

GORGO.

Que ya te calmes, Praxinóe, es justo:
Nos han dejado atrás, y á la llanura
Salieron.

PRAXINOE.

Sí: me va pasando el susto.
La sierpe y el caballo gran pavura
Y horror me dan desde la edad temprana.
El paso acelerémos. ¡Qué apretura!

GORGO.

¿En palacio has estado, buena anciana?

VIEJA.

Hermosas hijas, de palacio llevo.

GORGO.

¿Será el querer entrar empresa vana?

VIEJA.

Tentando, en Troya el valeroso Griego
Penetró vencedor. Niña, el que-tienta
Lo que quiere lograr consigue luego.